

sitores. Segun sus noticias, en cada uno de los sacrificios legales hacia Dios constantemente diez milagros, como si fuese deudora la Omnipotencia de concurrir con todos sus esmeros á ilustrar la solemnidad. El primero, que nunca faltaba hospedaje á los que concurrían, por grande que fuese la multitud. El segundo, que por estrechos y comprimidos que estuviesen en el templo puestos en pié, cuando se postraban para la confesion de sus pecados, á todos sobraba espacio. El tercero, que aunque el fuego del sacrificio ardia á cielo descubierto, nunca le apagaba la lluvia. El cuarto, que el humo de las víctimas siempre subia derecho al cielo, sin que viento alguno le torciese. El quinto, que nunca le acaeció al Sumo Sacerdote adversidad alguna en el dia de la expiacion. El sexto, que nunca, en semejante dia, fué mordido alguno de los hebreos por sabandija venenosa. El séptimo, que nunca se notó corrupcion ó vicio alguno en los panes de proposicion y de las primicias. El octavo, que nunca abortó alguna preñada por el olor de las carnes santificadas. El nono, que nunca aquellas carnes dieron mal olor; bien que este prodigio debe suponerse uno con el antecedente. El décimo, que nunca pareció mosca alguna en el lugar donde se degollaban las víctimas. Graciosos sueños son estos.

Pero, aun más que ellos, encarece la prodigalidad de la Omnipotencia la portentosa ficcion rabinica de que los sacerdotes de su ley se hacian invisibles cuando querian, por cuya razon dicen que de los dos exploradores de Jericó, sólo al uno escondió la piadosa ramera, ocultándose el otro, que era sacerdote, á favor del dón de invisibilidad. Más cierto es que hoy se hacen en cierto modo invisibles los sacerdotes judaicos, buscando las más retiradas tinieblas para sus abominables ritos.

§ IX.

Los herejes separados de la Iglesia católica siguen, en materia de milagros, rumbo opuesto al de las demas falsas sectas. Viendo que entre ellos no hay milagros verdaderos, condenan los nuestros por falsos. Dicen que sólo fueron necesarios para introducir el cristianismo en el mundo; que, introducido ya, son superfluos. Con donaire y propiedad les aplica un autor católico la idea de la zorra de Esopo, que habiendo perdido la cola en el lazo en que habia caído, procuraba persuadir á las demas zorras que se cortasen tambien las colas, por ser peso inútil y molesto. Perdieron los herejes, con la fe, el dón de hacer milagros, y quieren persuadirnos, para que seamos todos unos, que ya es ocioso y inútil ese dón. Pero no siendo los más de ellos tan desvergonzados, que tengan osadía para desprezicar la doctrina y santidad de Agustino, ¿qué responderán al capítulo viii del libro xxii de la *Ciudad de Dios*, donde el Santo, debajo del título *De miraculis, quæ, ut mundus in Christum crederet, facta sunt, et fieri mundo crederent non desinunt*, testifica de algunos milagros hechos en su tiempo, en que él fué testigo de vista, y en alguno tuvo parte su oracion? ¿Qué responderán al símil de la ley escrita, entre cuyos profesores, ya despues de introducida, Dios hizo varios milagros por medio de sus profetas en todos los siglos, y singularmente el constante prodigio de la piscina

probática, que se refiere en el Evangelio? ¡Oh infelices! ¡cuánto os afanais para no ver las verdades, por más que se os ponen delante de los ojos!

Entre estos dos extremos, de negar los milagros con protervia, y creerlos con facilidad, está la senda de la recta razon. Yo confieso que es muy difícil determinar á punto fijo la existencia de algun milagro. Cuando la experiencia propia la representa, es menester una prudencia y sagacidad exquisita para discernir si hay engaño, y un conocimiento filosófico grande para averiguar si el efecto que se admira es superior á las fuerzas de la naturaleza. Si es de oídas, es forzoso que en el sugeto ó sugetos que deponen de vista, se suponga, sobre las prendas expresadas, una inviolable veracidad.

Es á veces tan artificiosa la mentira, que sin prolijo exámen no puede descubrirse el engaño. Algunos mendigos fingieron impedidos sus miembros para mover más á compasion; y despues, usando de ellos, se ostentaron milagrosamente curados, visitando á este ó aquel santuario, porque creido el prodigio, es poderosa recomendacion para granjear la limosna. En esta ciudad de Oviedo conocí yo, y conocieron todos, una pobre mujer que andaba por las calles arrastrada, moviéndose con increíble fatiga, hasta que un dia, haciendo oracion, ó fingiendo hacerla, delante de una imagen de nuestra Señora, se levantó en pié, diciendo, que ya, por la intercesion de la Virgen, se ballaba buena y sana. Todo el lugar creyó el milagro, y no lo admiro, porque se hacia inverisimil que aquella mujer voluntariamente se hubiese cargado tanto tiempo del molestísimo afán de andar arrastrando. Sin embargo, se descubrió haber sido engaño, y se supo que en el pobre hospedaje que tenía andaba en pié cuando no era observada de gente de afuera. Cenocí tambien un eclesiástico reputado por hombre de singularísima gracia para librar energúmenos, y toda la gracia consistía en una delicada astucia. Persuadido á que son infinitos los energúmenos fingidos, y muy pocos los verdaderos, siempre que le traian alguno para que le exorcizase, estrechándose con él á solas, le decia, que por el dón que Dios le habia dado de distinguir los energúmenos verdaderos de los aparentes, conocia que no era energúmeno, sino que fingia serlo; pero que por salvar su honor no descubriría el embuste como no prosiguiese en él; que para este efecto le exorcizaria en público, y desde aquel punto en que él hiciese la formalidad de expeler el espíritu, se diese por curado. El pobre embustero ó embustera (que casi siempre son mujeres las que por varios fines andan en estas drogas), teniendo por un gran favor que no se le publicase el embuste, admitía el partido, y hacia muy bien su papel cuando el eclesiástico la exorcizaba. Desde aquel punto no habia más accidentes, y ella y todos publicaban la singular virtud del exorcizante. Vive hoy este eclesiástico, y viven los sugetos á quienes él en amistad confió este arbitrio suyo, hombres dignos de toda fe, de cuya boca lo sé yo.

Es cosa muy ordinaria atribuirse á milagro los que son efectos de la naturaleza. Esto especialmente es frecuentísimo en curas de enfermedades. Lisonjean no tanto su devocion como su vanidad muchos enfermos, queriendo persuadir que deben la mejoría á especial cuidado del

cielo, y no al comun y regular influjo. Paulo Zachias, que trató de intento esta materia, señala dos condiciones importantes, entre otras, para que la cura se juzgue milagrosa: la una, que sea instantánea; la otra, que sea perfecta. Por defecto de la primera condicion, toda curacion en que la naturaleza tuvo lugar para la coccion y segregacion de la materia pecante, debe juzgarse natural. Por defecto de la segunda, no debe reputarse milagrosa la mejoría cuando vuelve á empeorar el enfermo ó cuando no convalece del todo. Esta última circunstancia noté yo en la mujer de quien hablé arriba, y fué, que despues de proclamado el milagro de la habitacion de sus miembros, quedó con una gran cojera, que tenía desde su nacimiento, porque esta no habia sido fingida. Tal vez los médicos contribuyen á estas ficciones cuando recobran la salud aquellos enfermos á quienes ellos abandonaron por deplorados, atribuyendo la mejoría á milagro, porque no se conozca su impericia en el yerro del pronóstico.

Fuera de estos casos, son muchos aquellos en que los que son efectos de la naturaleza, se cree serlo de causa milagrosa. Los idiotas, dice Paulo Zachias, comunmente todo lo que es raro juzgan milagroso: *Multi hominum, idiotæ præsertim et illiterati, miraculæ vice pleraque acceptant, quæ de raro eveniunt* (1). Los antiguos gentiles tuvieron por milagroso castigo del cielo la pestilencia que padecieron los galos, robadores del templo de Apolo Delfico, habiendo sido efecto del aire inficionado, depositado por muchos siglos en aquella arca que abrieron, debajo de la persuacion de que encerraba grandes tesoros. Ni era menester eso para que padeciese tan grande estrago un ejército licencioso en clima tan forastero. Hoy poseen los armenios una parte de aquel campo llamado *Aceldama*, que compraron los judíos por el precio infame de los treinta dineros, para sepulcro de peregrinos; y dice Moreri, que en un cementerio que fabricaron allí, jamas se corrompen los cuerpos. Aunque, en consideracion de las circunstancias que intervinieron en la compra de aquel sitio, sin violencia puede reputarse allí la incorrupcion por sobrenatural, es cierto que hay muchos sitios que naturalmente tienen esta virtud, como se puede ver en Gaspar de los Reyes (2). El doctísimo Félix Platero dice, que los cuerpos que se entierran muy profundamente se conservan incorruptos. Tambien puede provenir esto de temperamento particular del mismo cuerpo. El de Ovon, usurpador del reino de Hungría, muerto en una batalla por el rey Pedro, á quien se le habia usurpado, fué hallado muchos años despues incorrupto y aun cerradas las heridas, segun refiere Bonfino (3): no podia atribuirse aquí la preservacion del cadáver á la santidad del sugeto. Despues de la sangrienta toma de la ciudad de Amida por Sapor II, rey de los persas, queriendo el conquistador dar sepulcro á los que habian perecido de los suyos, cuyos cadáveres estaban mezclados con los de los romanos, los distinguian en que estaban corrompidos los de los romanos, é incorruptos los de los persas. Refiérelolo Ammiano Marcelino, que se halló en el presidio

(1) *Quest. Medic. leg.*, lib. iv, tit. ii, *quest. 1.*(2) *Camp. Elips.*, *quest. 34*, á num. 14.

(3) Libro ii, década ii.

de aquella plaza, diciendo, que esto nace de la sequedad de los cuerpos de los persas, originada en parte de la parcimonia con que viven, y en parte del ardiente clima donde nacen: *Intersectorum vero persarum inarescunt, in modum stipitum, corpora, quod vita parcior facit, et ubi nascuntur, exusta caloribus terræ* (4).

Hay, empero, algunas señales que aseguran ser la incorrupcion milagrosa, como cuando el semblante conserva despues de mucho tiempo la viveza del color, y los miembros su nativa flexibilidad (lo que se refiere de los cadáveres de muchos santos), ó se preserva sólo algun miembro, en quien intervino especial circunstancia para que Dios obrase con él la maravilla, como sucedió, segun la relacion de Rivadeneira, con la lengua de San Antonio de Padua, la cual, treinta y dos años despues de su muerte, se halló fresca y rubicunda; privilegio que Dios le concedió en atencion á su apostólica predicacion; y, segun Andrés Eborense, con la mano derecha del limosnero rey de Bretaña, Osualdo, la cual un santo obispo, en ocasion de verle dar gran cantidad de dinero á un pobre, habia besado diciendo: «Nunca esta mano se marchite.» Cuando no interviene alguna de tan relevantes circunstancias, y por otra parte el terreno y el ambiente carecen de virtud preservativa, la notoria santidad del sugeto hace argumento fuerte de ser la incorrupcion milagrosa, salvo en el caso de haber sido nimia su austeridad de vida, porque los excesivos ayunos y vigias, desecando mucho el cuerpo, naturalmente le disponen para la incorrupcion. Lo que algunos dicen, que la postura de los astros á la hora de la muerte hace á veces que el cadáver se conserve incorrupto, téngolo por una de las patrañas astrológicas, y no quedará milagro á vida si se creen las prodigiosas naturales influencias del cielo con que nos embustea la judiciaria; pues no falta astrólogo que diga que los milagros de nuestro Salvador fueron efecto natural de esa causa. Tambien tengo por evidentemente falso, aunque se halla escrito en un autor venerable, que hay tres dias en el año, conviene á saber, el 27 de Enero, 30 del mismo mes y 13 de Febrero, en los cuales los que mueren se conservan incorruptos hasta el dia del juicio. En las parroquias de Madrid y otras muchas sabrán que esto es fábula.

§ X.

No sólo lo raro pasa en el vulgo por milagroso, áun los efectos comunes de la naturaleza gozan este fuero entre la gente idiota. Aquella llama nocturna, que llaman fuego fatuo ó errante, porque cualquiera impulso del ambiente la mueve, y segun los naturalistas se forma de exhalaciones bituminosas, pingües y sulfúreas, ¿qué sustos y admiraciones no ha causado entre los vulgares? Los cuerpos de los animales contienen mucha materia apropiada para estos fuegos; pero de los cadáveres, por la disolucion de los principios, es más ordinario expirarse semejantes exhalaciones. Así se han visto, más que en otras partes, en los cementerios, y sobre cadáveres de ajusticiados; pero tierras hay que suministran frecuentemente materia para esta llama. El vulgo, juzgándola siempre milagrosa, dis-

(4) AMMIAN., libro xix.

curre en apariciones de ánimas de purgatorio y en otras cosas más absurdas, como es (cuando las luces son muchas) la que llaman en Castilla *hueste*; fábula fomentada por paisanos embusteros, que dicen vieron y distinguieron las personas que iban en aquella procesion de luces. A distancia de cinco leguas de esta ciudad, y cerca de la villa de Avilés, hay un sitio donde dicen que es muy frecuente esta llama errante, bien que con haber estado muchas veces en aquel sitio nunca la vi, y apenas pude persuadir á los del país ser cosa natural, á los cuales, sin más fundamento, se les antojaba estar allí sepultados los cuerpos de algunos mártires, en cuyo honor encendia el cielo aquella luz.

Esto me trae á la memoria un suceso que refiere Varrillas en su *Historia de las revoluciones por causa de religion*. Juan Feburg, hombre de genio tiránico y ambicioso, primer secretario de Cristierno, segundo rey de Dinamarca, á quien llamaron el Neron del Norte, queriendo, en consecuencia del designio que tenia de oprimir la nobleza, perder á Ulrico Torberno, el mayor señor del reino, por tercera mano hizo pasar al Rey la dudosa ó falsa noticia de que Torberno era amante y amado de Columbina, cortesana hermosa, á quien el ciego afecto del Príncipe habia dado gajes de reina; lo que sabido á tiempo por Torberno, recíprocó este con arte la misma acusacion más bien fundada contra Feburg, y creída del Rey, fué de orden suyo ahorcado este ministro. Pero la sospecha que de la primera acusacion quedó contra Torberno; bastó para que muy luego se le decretase también á este el último suplicio. Irritada la nobleza de proceder tan violento contra tan alto personaje, estaba en el punto de conspirar contra Cristierno, cuando oportunamente la centinela que velaba sobre un baluarte de la plaza de Copenhague, enfrente de la horea donde habia sido ajusticiado Feburg, dió la noticia de haber visto de noche arder una luz sobre la cabeza de su cadáver. Hallóse ser así, y teniéndolo la nobleza y el pueblo por prueba milagrosa, con que calificaba el cielo la inocencia de aquel hombre, consintieron en que justamente habia sido ajusticiado Torberno, autor de la acusacion; con que se desarmó enteramente el tumulto que empezaba á amenazar á la corona. De este modo una llama fatua, creída falsamente luz sobrenatural, autorizó la injusticia de que fué ahora otra llama, áun más fatua, encendida en el zeloso corazón del Rey.

Peró ¿qué mucho que los idiotas hayan tenido por milagrosas esas luces nocturnas, si ya sucedió alguna vez que todo un pueblo tuviese por milagrosa la misma ordinaria luz del sol? Refiere el suceso el padre Mariana, en el segundo tomo de su *Historia*, que á no haber sido tan trágico, ninguno fuera más ridículo. Estando el pueblo de Lisboa á la misa mayor en la catedral, un día festivo, advirtió uno del concurso, que una imagen de Cristo crucificado, colocada en parte alta de la iglesia, tras de una vidriera, arrojaba de sí intensísimo resplandor. Al punto levantó la voz, diciendo: «Milagro, milagro.» Vieron los demás lo mismo, y todo el tropel repitió con gritería: «Milagro, milagro.» Un hombre de origen hebreo, aunque de profesion cató-

lico, por su desgracia advirtió que aquel resplandor era reflejo de un rayo del sol, que entrando por un agujero, heria en la vidriera que cubria el crucifijo; quiso sosegar el tumulto, mostrando á todos la realidad; pero como estuviesen allí algunos noticiosos del insecto origen de aquel hombre, sin detenerse á mirar lo que era tan fácil ver, alzaron el grito, diciendo, que aquel perdido judío, perseverando en la obstinacion de sus mayores, se oponia á la realidad de un milagro tan patente, sólo por negar aquella concluyente prueba de la verdad católica. Sin más proceso hicieron pedazos allí á aquel miserable. Y cuando con la sangre de este inocente se debiera aplacar tan injusta ira, creciendo el furor del vulgo, se disparó por todo el pueblo, buscando con las armas en la mano á cuantos eran sospechosos de origen hebreo, en quienes hicieron una horrible matanza. Lo peor fué, que con la capa de ensangrentarse en los judíos, mataron muchos á sus enemigos particulares. En fin, el destrozó fué tal, que se contaron tres mil muertos aquel día.

En este ejemplo se ve, que los milagros fingidos no alimentan más que una falsa piedad, de quien es hijo legítimo el furor. Es totalmente contra la intencion de Dios el que sus verdades se califiquen con embustes. Toda mentira tiene por autor al demonio, y no moviera su malignidad á los hombres á fingir prodigios, si conociera que la ficcion nos habia de confirmar en la fe ó estimularnos á la virtud. Conviene, pues, siempre desengañar al vulgo de sus erradas aprehensiones. Es verdad que este, una vez preocupado de ellas, suele estar ciego y sordo para las verdades más patentes.

§ XI.

En cuanto á los milagros que se hallan escritos en los libros, se debe advertir, que hay algunos á quienes no puede menos de darse entera fe. Estos son aquellos de cuya verdad deponen, como testigos de vista, hombres de notoria santidad y doctrina; porque con la santidad no es compatible el que engañen, y la doctrina remueve la sospecha de que fuesen engañados. Tales son los milagros que san Agustín y otros padres refieren haber visto ellos mismos. El ilustrísimo Cano extiende esta regla á aquellos que los padres escribieron por informe de otros testigos de vista; pero á la verdad en esto ya tiene más cabimiento la falencia, porque pudieron los informantes no ser tan veraces como era menester. Ni perjudica á la gran sabiduría de los padres el que los tuviesen por tales, pues seguian la segura regla de tener por veraz á quien no les constaba que fuese mentiroso. De hecho, Tomas Moro, en el prólogo del diálogo de Luciano citado arriba, advierte, que san Agustín fué engañado en la noticia de un milagro que refiere como sucedido en su tiempo, el cual fué trasladado de un cuento, que el mismo Luciano muchos años ántes habia fingido.

Peró cuando los padres citan los testigos nombrándolos, á proporcion de la fe que merecen estos, se les debe dar á los milagros que refieren. En esta consideracion, son dignos de la mayor fe, que cabe en lo humano, todos los milagros que el gran Gregorio refiere de nuestro padre san Benito, en el libro II de los *Diá-*

logos; porque en la introduccion testifica, que todo lo que escribe lo oyó á cuatro discípulos del Santo, testigos de vista de sus maravillas, y todos cuatro venerables por su virtud y por su carácter, pues los tres sucedieron uno en pos de otro á nuestro santo padre en la prelación de Casio, y vivia áun el tercero cuando escribia san Gregorio; el otro fué prelado del monasterio Lateranense. Las palabras del santo doctor son las siguientes: *Hujus ergo (Benedicti) omnia, gesta non didici; sed pauca, quæ narro, quatuor discipulis illius referentibus agnovi: Constantino, scilicet, reverendissimo valde viro, qui ei in monasterii regimine successit: Valentimiano quoque, qui annis multis Lateranensi monasterio præfuit: Simplicio, qui congregationem illius post eum tertius rexit: Honoro etiam, qui nunc adhuc cæcæ ejus, in qua prius conservatus fuerat præest.* Dificulto que se haya hecho hasta ahora informacion alguna en el mundo con cuatro mejores testigos de vista.

Y siguiendo esta regla, tendrán más ó menos probabilidad los milagros, que refieren otros autores, á proporcion que fuese más ó menos calificada su virtud y sabiduría. Esto se entiende de aquellos que hubiesen sido testigos oculares. En los que escriben por informes se ha de atender, no sólo al mérito de los autores, mas tambien de los informantes; porque pueden aquellos ser veracísimos, y estos mentirosos.

Peró es necesario advertir, que para dar fe en materia de milagros, es menester que esté más altamente calificada la veracidad de los sujetos, de lo que se requiere para ser creídos en otras materias comunes. La razon es, porque los hombres se lisonjean extremadamente de referir cosas prodigiosas. Esto los hace espectables en las conversaciones. No puede menos de atender el concurso con respeto á quien oye con admiracion. Y en los casos milagrosos es en cierto modo recomendacion del sujeto haberle destinado el cielo para testigo; mucho más si el milagro se hizo en beneficio suyo; porque esto ya es tenerle la Providencia por especial objeto de su cuidado. Así he visto algunos sujetos, por otra parte muy veraces, en materia de cosas prodigiosas ó insólitas, mentirosos.

Los que escriben ó refieren muchos milagros no han menester más pruebas para ser tenidos por sospechosos. Es doctrina del gran padre san Gregorio, que hoy no se hacen milagros con la frecuencia que en la primitiva Iglesia, porque hay mucho menos necesidad de ellos ahora que entónces. Entónces era menester prodigios; ahora buenas obras. Sembráronse en aquel primer siglo los milagros para lograr en los siguientes larga cosecha de méritos: *Tunc quippè sancta Ecclesia miraculorum adjutoriis indiguit, cum eam tribulatio persecutionis pressit. Nam, postquam superbiam infidelitatis edomuit, non jam virtutum signa, sed sola merita operum requirit* (1). Aun en la primitiva Iglesia advierte el Santo, que se distribuian los milagros con discreta economia, esto es, sólo en los casos de gravísima importancia de la Iglesia, pues san Pablo, que curó milagrosamente al padre de Publio, principe de

(1) GREG., in 30 Cap. Job., capítulo XIV.

Malta, porque convenia para la conversion de aquella isla, para curar la debilidad de estómago de su querido discípulo Timoteo acudió á los remedios naturales, aconsejándole el uso del vino. No hubo milagro para un santo, y le hubo para un gentil. Bien se compone esto con las aprehensiones de tantas beatíficas, que nos quieren persuadir que en cada dolor de cabeza han debido á un milagro la mejoría. Algunas son tan superstitiosas ó tan vanas, que tendrian por caso de ménos valer lograr la convalescencia por beneficio de la naturaleza ó de la medicina.

Peró sobre todo, aquellos escritores que recogen habillitas del vulgo para abultar volúmenes de milagros, merecen el desprecio de todos los hombres cuerdos. La plebe, siempre vana y crédula, en materia de milagros es vanísima: andan tan justas su rudeza y su piedad, que se prohijan á esta los partos legítimos de aquella. La nimia credulidad de milagros, que es hija de la ignorancia, contra todo derecho se adopta á la religion. Para admitir cualquiera error es el vulgo sumamente fácil; pero para dejarle, sumamente indócil. Es de cera para la mentira, y de bronce para el desengaño. Sigue el partido de sus aprehensiones contra el informe de sus propios sentidos, ó en sus propios sentidos la más ruda perspectiva pasa por perfecta realidad. ¡Cuántos llantos ó sudores misteriosos de sagradas estatuas corrieron en varios países, que no tuvieron más existencia que la que les dió un engañoso viso ó una imaginacion fanática! En los primeros años de este siglo se proclamó tanto el sudor de un crucifijo, no como término, sino como síntoma de la enfermedad, que entónces padecia España, que pasó á los reinos extraños la noticia como muy verdadera, siendo fabulosa, y en un autor frances la vi yo impresa, como cosa en que no habia la menor duda. Así pasan á los libros los rumores vulgares. Del mismo modo se introdujeron en las mejores historias que nos dejó la antigüedad otras ficciones semejantes. Lucio Floro refiere, que la estatua de Apolo Cumano sudó cuando los romanos movian las armas contra Antioco, rey de Siria, y del mismo simulacro dice Julio Obséquente, que lloró cuatro días, cuando Marco Perpenna venció al rey Aristonico. Entre los prodigios de la guerra civil, cuenta Luciano sudores y llantos de las imágenes de los dioses tutelares de Roma.

*Indigetes flevisse Deos, urbisque laborem
Testatos sudore Lares.*

Creemos que los escritores alegados no hallaron estos prodigios en otros monumentos que los rumores populares; pero ciertamente más verisímil era el llanto ó sudor en las imágenes de aquellas fingidas deidades, que en la del Dios verdadero; porque, como dice san Agustín (2), haciendo memoria del llanto de Apolo Cumano, una deidad que no tenía poder para defender á los que estaban debajo de su tutela, justamente testificaba su dolor cuando les amenazaba la ruina.

A no pocos ó decir, que han observado el rostro de alguna imagen, con quien tenían especial devocion, ya

(2) Libro III, De Civil., capítulo XI.

triste, ya festivo; de donde supersticiosamente cogían, ya el buen ó mal estado que sus conciencias al presente tenían, ya los accidentes prósperos ó adversos que los esperaban. Persuádome á que la alegría y la tristeza se pintaban en su fantasía, y no en el semblante de la estatua. Ni creo que tuviese más realidad que ésta, lo que dice Plinio, de la Diana de Chio, cuyo rostro veían triste los que entraban en el templo, y alegres los que salían.

En esto de imágenes hay tanto que decir, que se podría llenar un discurso separado. No negaré yo que Dios tal vez con las varias representaciones ó accidentes de las imágenes sagradas quiera significar alguna

cosa á sus escogidos; pero por lo comun son aprehensiones de hombres ó mujeres ilusas. Aquí era lugar de tratar de las raras apariciones de la imagen de nuestra Señora de la Barca, en el cabo de Finisterre, que corrieron en estos años por toda España, y en que los testigos de vista están algo encontrados. Lo que yo puedo decir es, que algunos de los más reflexivos no hallaron cosa sobrenatural en ellas, y á mi parecer probaban su dictámen con evidencia. Por otra parte, algunas circunstancias que se referían de estas apariciones eran ridículas, y el no haberse visto jamás semejante portento en la Iglesia católica es bastante por lo ménos para suspender el asenso.

PIEDRA FILOSOFAL.

§ I.

La sagrada hambre del oro se fingió la invención de dos artes: una para fabricar este precioso metal, otra para buscarle. La primera tiene por blanco la transmutación de los demás metales en oro, que con voz griega se llama *chrysopæia*; la segunda consiste en el uso de la que llaman *vara divinatoria*. Tratarémos en este discurso de la primera; de la segunda ya hemos dado noticia en otro discurso anterior (*).

Es la *chrysopæia*, en el sentir comun de los hombres de juicio, un empeño antiguo, pero vano, de la codicia; un apacible embeleso, que empieza sueño y prosigue manía; un entretenido modo de reducirse á pobres los que aspiran á opulentos, porque en las experiencias se consume el oro poseído, y no se logra el esperado. Los más de los filósofos tienen este arte por absolutamente imposible; por el contrario, los alquimistas le aseguran existente. Pienso que unos y otros se engañan; yo, siguiendo el camino medio, asiento á su posibilidad contra los filósofos, y niego su existencia contra los alquimistas.

El autor que debajo del nombre de Teofilo tradujo é ilustró con adiciones el tratado de alquimia de Æirenao Filaleta, filósofo muy bien sobre la posibilidad del oro artificial, explica oportunamente cómo el arte puede hacer las obras de la naturaleza; lo cual consiste en que usa de los sugetos y agentes naturales de modo, que la naturaleza pone la actividad, y sólo corren por cuenta del arte la dirección y aplicación. Prueba sólidamente que en la vulgar filosofía es inegable la posibilidad del oro por arte; porque siendo, según la escuela peripatética, la materia indiferente para todas las formas, si el artífice encuentra con el agente proporcionado para introducir en ella la forma de oro, aplicándole debidamente, logrará sin duda la producción ó educación de dicha forma. Supone los principios químicos, y los aplica muy racional y metódicamente á su intento. En fin, con la famosa experiencia de la transmu-

(*) Página 108 de este tomo. (V. F.)

tación del hierro en cobre por medio de la piedra lípis, ó vitriolo azul, comprueba especiosamente la posibilidad de la transmutación metálica.

Donde noto, que el argumento tomado de la indiferencia de la materia para todas las formas, aunque puesto por el autor sólo en los términos de la filosofía aristotélica, tiene aún más sensible fuerza en los de la cartesiana; porque, como en el sistema de Descartes la variedad de los mixtos consiste sólo en la varia textura y configuración de sus partes, tiene, según este sistema, ménos que hacer el artífice para la producción de cualquiera mixto, pues no ha menester educir de la materia aquel nuevo ente que llaman los aristotélicos *forma substancial*, si sólo variar la textura y figura de las partes, lo cual igualmente, y aún con más propiedad, es de la jurisdicción del arte que de la naturaleza; por lo cual dicen algunos, y dicen bien, que la composición de los mixtos naturales, como la pone Descartes, más es artificial que natural. A lo ménos es cierto, que la forma de los compuestos artificiales no consiste sino en la textura y configuración de las partes que los componen.

Noto también, que aquel argumento no es adaptable al sistema de los atomistas, los cuales no admiten materia indiferente para toda forma, porque siendo invariable en su sentencia la figura y movimiento de los átomos, no cualesquiera átomos pueden componer cualesquiera mixtos. Así la naturaleza, no pudiendo alterar en alguna manera aquellas últimas partículas indivisibles de la materia que ponen estos filósofos, está precisada, para la formación de tal mixto en particular, á usar de tales átomos, que son sus elementos. No pudiendo, pues, la naturaleza hacer cualquiera mixto de cualquiera materia, con mayor razón no podrá el arte, la cual, en todo lo que es producción, nada logra sin el ministerio de la naturaleza.

§ II.

Por esta razón, para probar la posibilidad del oro artificial con argumento comun á todo sistema filosófico,

es preciso formarle, no sobre la materia primera ó remota del oro, sino sobre la próxima. Es cierto que en la formación de los mixtos de todos tres reinos, animal, vegetal y mineral, la naturaleza no usa inmediatamente de la materia desnuda de toda forma, ni tampoco de ella colocada debajo de cualquiera forma indiferentemente, si de la materia colocada debajo de alguna forma determinada, la cual se ha como prelude ó preliminar de la forma del mixto que se intenta. Así, el animal se forma de la materia colocada debajo de la forma de embrión, la planta de la materia colocada debajo de la forma de semilla. La materia próxima de los minerales no incurre á nuestros sentidos de manera, que podamos tener certeza de cuál es; pero no hay duda que á proporción tienen también su materia seminal; y en cuanto á los metales, muchos filósofos juzgan que se procrean de verdadera semilla y son rigurosos vegetales, por lo cual no recelan darles el nombre de plantas subterráneas. En nuestras *Paradojas físicas*, contenidas en el segundo tomo, hemos tocado esta materia, y allí se puede ver.

Pero, sean ó no vegetales los metales, no se puede negar que inmediatamente á su generación precede la materia debajo de alguna determinada forma, con la cual hace una masa, que viene á ser como semilla, prelude ó rudimento del compuesto metálico que intenta la naturaleza. Sea esta masa compuesta de vapor y exhalación, como quiere Aristóteles, ú de azufre y azogue, como pretenden los químicos, ú de ácido, álcali y azufre, como sienten muchos modernos, ú de agua y tierra, como juzgan otros, en cualquiera sentencia se verifica nuestro asunto.

Asimismo es cierto que hay algun agente determinado, el cual, obrando sobre esta materia próxima, la reduce al ser de metal. Sobre estos supuestos innegables se forma nuestro argumento de este modo: puede el arte aplicar aquel agente, sea el que se fuere, que tiene actividad para formar el oro, á aquella materia próxima de que se forma el oro; luego puede el arte hacer oro. La consecuencia es evidente y el antecedente innegable; porque suponiendo que hay en la naturaleza aquel agente y aquel paso, y que son aplicables uno á otro, ¿qué repugnancia se puede señalar para que la diligencia del hombre los conozca y aplique?

§ III.

Hasta aquí voy con los alquimistas; pero no paso de aquí; porque dejando el asunto en esta generalidad, me parece se prueba eficazmente la posibilidad del oro artificial; mas pasando á la materia y agente que los alquimistas señalan para lograrle, apenas encuentro supuesto ó proposición que no me parezca falsa, ó por lo ménos dudosa. Propondré aquí en compendio la doctrina de aquellos pocos que han escrito de modo que pudiesen ser entendidos, como Bernardo Trevisano, Teobaldo Hoghelande, el traductor de Filaleta y otros pocos; porque á los demás que de intento hablaron en algarabía, ¿quién los podrá impugnar, si nadie los puede entender?

Dicen, pues, lo primero, que todos los metales cons-

tan de unos mismos principios específicos, conviene á saber: el azufre y mercurio ó azogue; que es lo mismo que decir, que es una misma, con unidad específica, la materia próxima de todos los metales. Dicen, lo segundo, que los metales sólo difieren unos de otros según su mayor ó menor perfección accidental, la cual depende de la mayor ó menor depuración, decocción, exaltación ó fijación del mercurio y azufre de que constan. Consiguientemente dicen, lo tercero, que cualquiera metal se puede transmutar en oro, reduciéndose del ser imperfecto al perfecto, y adelantando con el arte los grados de depuración, exaltación ó fijación del mercurio y el azufre. Dicen, lo cuarto, que para esto se han de buscar por agentes el azufre y azogue filosóficos, de los cuales, á aquél llaman agente masculino, y á éste femenino; y en uno y otro mezclados reside la virtud seminal adecuada productiva del oro. Dicen, lo quinto, que este azufre y azogue filosóficos se han de buscar en el mismo oro por la disolución de este metal en sus principios. Dicen, lo sexto, que el azufre y azogue en que se disuelve el oro, aún no son filosóficos en este natural estado, esto es, aún no tienen la actividad transmutativa, si que es menester exaltarlos á mucho mayor perfección por el arte, y exaltados de este modo, tienen la virtud de teñir y penetrar íntimamente todos los demás metales, dándoles al azufre y azogue de que constan; aquel grado más perfecto de fijación, con el cual componen el oro. Esta mezcla de azufre y azogue exaltados, en que reside la virtud transmutativa, es lo que llaman elixir, tintura del oro, y con voz más vulgarizada, piedra filosofal, aunque no está, á lo que ellos dicen, en forma de piedra, sino de polvos.

Esto es, puesto en compendio y con la mayor claridad posible, todo lo que se halla inteligible en los escritos de los alquimistas. Lo demás todo es sombras y alegorías, frases enigmáticas y contradicciones de unos á otros. Aun en algunas cosas de las que hemos propuesto se halla alguna dificultad para entenderlos, de modo que leyendo en diferentes autores, se hace diferente concepto. Pongo por ejemplo: unos no señalan por materia de la piedra filosofal sino el azufre del oro, otros el azufre y el mercurio, y otros el mercurio sólo. Pero parece se pueden conciliar con la explicación que da Bernardo Trevisano (autor de especial autoridad entre los profesores de la *chrysopæia*) diciendo, que el azufre y mercurio filosóficos no son dos substancias que estén jamás separadas, sino contenida é implicada la una en la otra, conviene á saber, el azufre en el mercurio: *Ex his manifestè patet* (son palabras del Trevisano) *sulphur non esse quid per se seorsim extra substantiam mercurii*. Y poco más abajo, citando á Geber: *In profundo naturæ mercurii est sulphur*.

He dicho, y vuelvo á decir, que no hay en toda esta serie de doctrina cosa alguna que no sea falsa ó dudosa. Lo primero supone los principios químicos, cuya existencia es tan incierta, que nada más. El que todos los mixtos se componen de sal, azufre y mercurio, que llaman principios activos, y de agua y tierra, que llaman pasivos, no lo prueban los sectarios del sistema químico, sino de que en la resolución de los mixtos que se hace mediante el fuego, se ven separarse estas cinco subs-